



CAPÍTULO DUODÉCIMO

Decadencia del imperio francés.

La situación de Napoleón III era crítica é inestable. Para los franceses, el imperio significaba victorias, conquistas, gloria, y sólo á condición de proporcionarles estos bienes, estaban dispuestos á sacrificarle su libertad, á soportar la tiranía imperial. Napoleón III se hallaba profundamente convencido de esto, sabía que la base de su poder estaba en asegurar á Francia la supremacía en Europa, y á ello dedicó todos sus esfuerzos; mas carecía de las dotes necesarias para hacer reverdecer los laureles de su tío. De entendimiento oscuro, voluntad irresoluta, fantasía romántica y soñadora, perdía lo mejor del tiempo en deliberar; no sabía concertar los medios con el fin; jamás elaboró un concepto de acuerdo con la realidad, ni la previsión le abrió las puertas del porvenir. Todos los proyectos que formaba eran tan incongruentes como aquel de la federación de los Estados italianos, bajo la hegemonía temporal del rey de Nápoles y la espiritual del pontífice. Ni una vez siquiera acertó á concebir un plan razonable: la expedición á Crimea fué una aventura impropia de un gobernante, y se lanzó á la guerra de Italia con un desconocimiento tan completo de la Península, que hubo de pararse á los primeros pasos, asustado ante el movimiento emancipador que se despertara en todas las regiones. Por un raro conjunto de circunstancias, le salieron menos mal estas dos empresas. Ya dijimos que la paz de Villafranca señala el punto inicial de su decadencia. En adelante, cada paso fué una caída. En la sublevación de Polonia, se enajenó la amistad del czar Alejandro II; en sus relaciones con Bismarck, dejó á éste arrebatarse á Dinamarca los ducados y, luego, expulsar á Austria de

la Confederación germánica, para ser á continuación burlado y humillado en su demanda de las compensaciones. Tampoco supo armonizar la política exterior con la interior. Los católicos y los proteccionistas eran los dos elementos principales del partido conservador en que se apoyara desde el golpe de Estado: se indispuso con los primeros por la protección que dispensara á Víctor Manuel; con los segundos, por el tratado de comercio que concluyera con Inglaterra. Teniendo la sumisión de los franceses por condición la grandeza exterior de Francia, cuando en vez de triunfos sólo cosechó desastres, Napoleón III hubo de cambiar de política en lo interior, transformando el imperio de autoritario en liberal. Veamos cómo se efectuó esta mudanza.

En mil ochocientos cincuenta y siete, había de renovarse el Cuerpo legislativo. Compuesta de hechuras del gobierno, esta asamblea nada había intentado por salir del papel, asaz humilde y borroso, á que la condenaba el régimen de mil ochocientos cincuenta y dos. Subordinada al Consejo de Estado, deliberaba casi en secreto, aprobaba en conjunto los proyectos de ley que se le enviaban y que no podía enmendar, votaba el presupuesto por ministerios, aceptaba todos los hechos cumplidos, sin pedir nunca explicaciones al gobierno acerca de su política, y mucho menos atreverse á censurarla. Un solo diputado, Montalembert, arrepentido de haberse asociado al golpe de Estado, osó levantar su voz de protesta. Con espanto le oyeron sus colegas reivindicar la libertad perdida, y no vacilaron en entregarle á los tribunales por una carta, algún tanto mordaz, contra el imperio. No le convenía al gobierno que esta asamblea fuese modificada, y, en efecto, merced á las candidaturas oficiales, su personal fué reelegido, casi por entero, el veintidós de Junio de mil ochocientos cincuenta y siete. Suprimida la libertad individual, las de la prensa y de reunión, la mayor parte de los adversarios del gobierno se abstuvo de acudir á las urnas. De los candidatos orleanistas ó legitimistas, triunfaron muy pocos, hallándose representados los antiguos partidos en la nueva Cámara no más que por un escaso número de independientes, como Brame ó Plichon, que en realidad no eran enemigos del imperio. En cuanto á la oposición democrática, solamente en cinco circunscripciones de París sacó triunfantes sus candidatos, que fueron: Cavaignac, Goudchaux, Carnot, Emilio Ollivier y Darimon. Cavaignac murió al poco tiempo; Goudchaux y Carnot no quisieron jurar. Gracias que, en las elecciones complementarias de Abril, obtuvieron mayoría Julio Favre y Ernesto Picard, los cuales, unidos á Ollivier, Darimon y Henon, elegido este último por el Ródano, constituyeron el grupo de los Cinco, que había de representar á la oposición democrática en la nueva asamblea hasta mil ochocientos sesenta y tres. Es evidente que, con toda su habilidad oratoria, Julio Favre, Emilio Ollivier y Ernesto Picard no hubiesen causado mella en el imperio, á no haber sido secundados por los católicos y los proteccionistas, á quienes disgustara Napoleón III con su política exterior.

CAPÍTULO ALFONSO
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA

La autorización que el Emperador de los franceses otorgara á Cavour para que el ejército piemontés marchase al reino de Nápoles y tomase posesión de la mayor parte de los Estados Pontificios, acabó de exasperar á los católicos, enojados ya desde la conspiración de Plombières. Al tenerse noticia del combate de Castelfidardo, en todas las iglesias de Francia resonaron gritos de dolor y de odio; como mártires y como santos, celebraron los obispos á las víctimas de aquella jornada; las pastorales episcopales llegaron, á fines de mil ochocientos sesenta, al último extremo de la violencia, y se formaron á espaldas de la ley asociaciones, para provocar y recoger suscripciones á favor del Papa. Aunque el gobierno prohibió la propagación de las pastorales y disolvió las nuevas sociedades, no cesaron los obispos en sus gestiones, ni disminuyó un ápice la agitación clerical. A esta protesta religiosa se juntó la industrial. Napoleón III se había propuesto no solamente servir la causa de las nacionalidades, sino trabajar también por el triunfo de los economistas que aspiraban á suprimir las barreras internacionales y establecer la libre concurrencia entre todos los mercados. Al interés de los productores, anteponía el de los consumidores. Ya en mil ochocientos cincuenta y seis, presentó al Cuerpo legislativo un proyecto de ley aboliendo las prohibiciones y reduciendo considerablemente los derechos protectores, y si hubo de retirarlo ante la protesta de los manufactureros, fué con ánimo de reproducirlo en mejor ocasión. Creyó haberse presentado ésta cuando, en Junio de mil ochocientos cincuenta y nueve, los libre-cambistas ingleses le ayudaron á derribar al ministerio Derby, y entonces, sin dar cuenta al público ni al Cuerpo legislativo, con el mayor misterio, concluyó con Inglaterra, mediante el inglés Cobden, el tratado de comercio de veintitrés de Enero de mil ochocientos sesenta. Este acto fué calificado por la mayoría de los fabricantes franceses de golpe de Estado y de desastre nacional. El Emperador se negó á recibir á cuatrocientos de ellos, que le pidieron audiencia; pero no pudo evitar que el enérgico Pouyer-Quertier levantara su voz en el senado, ni que creciera la agitación al conocerse las convenciones especiales que regulaban las nuevas tarifas.

Sintiendo condensarse á su alrededor odios formidables, Napoleón III trató de aproximarse al partido democrático, objeto hasta entonces de sus rigores, y á este fin, á su vuelta de Italia otorgó ya una amnistía, por cuya virtud pudieron volver á su patria la mayor parte de los proscriptos de Diciembre. Desde entonces, sin renunciar á su autoridad dictatorial sobre la prensa, dispensó cierta tolerancia á los impresos liberales, especialmente por sus ataques contra el oscurantismo y el ultramontanismo, y autorizó el nacimiento de nuevos diarios de oposición, como *La Opinión Nacional*, *El Tiempo*, *El Correo del Domingo* y otros. Más asustado cada día de la responsabilidad de su política, que caía entera sobre él, siguió el parecer de personas expertas, ó que presumían serlo, como Morny, de compartirla con los representantes del país, ó, cuando menos, aparen-

tarlo. Tal fué el objeto de su decreto de veinticuatro de Noviembre de mil ochocientos sesenta, estableciendo que el Senado y el Cuerpo legislativo podrían, mediante un mensaje, libremente discutido, en contestación al discurso del trono, examinar y juzgar todos los años la política del gobierno, que ministros sin cartera se encargarían de defender; que las actas de las sesiones de las Cámaras, autorizadas por el presidente, se enviarían á todos los periódicos, y que los debates parlamentarios serían reproducidos extensamente por el *Moniteur*. De esta suerte, sin sacrificar ninguna de sus prerrogativas cesarianas, el Emperador asociaba la nación á su política, tomándola por juez. Peligro no corría ninguno. Ni el Senado, nombrado directamente por él, ni el Cuerpo legislativo, elegido por recomendación de los prefectos, habían de oponer el menor reparo á aprobar sus actos. Tampoco desesperaba de atraerse á los Cinco, matando en su cuna la oposición democrática. Y entonces, si el clero seguía reprochándole de haber engañado al papa, si los grandes industriales persistían en condenar su política económica, se defendería echando sobre el país la responsabilidad de todas sus faltas. Ni por asomo se le ocurrió la sospecha de que pudiera salir del decreto de veinticuatro de Noviembre, armada de todas armas, la libertad incompatible con el imperio.

Perfectamente comprendieron los Cinco el partido que podían sacar del nuevo régimen. Claro es que no lograrían poner en peligro los principios fundamentales del imperio; pero su voz denunciando los abusos del poder ó pidiendo ya la reforma, ya la derogación de las leyes políticas, extinguida hasta entonces en los muros del palacio de Borbón, iba á resonar en todos los ámbitos de Francia. Tal fué la tarea á que se consagraron con todas sus fuerzas, y merced á su iniciativa, no tardó en despertar el espíritu público. Tres de ellos especialmente, Favre, Ollivier y Picard, llamaron la atención por la elocuencia de su palabra, no menos que por la viveza y persistencia de sus ataques. Si la discusión de las nuevas leyes y del presupuesto no les permitía exponer su política sino como de soslayo y por fragmentos, en cambio la discusión del mensaje les brindaba ocasión de desarrollar metódicamente su programa, cuya transcendencia no podía escapar al público. Suprimir la tutela sobre el sufragio universal; renunciar el gobierno al derecho de cambiar á su antojo las circunscripciones electorales; acabar con el sistema de las candidaturas oficiales; restituir á los ciudadanos la libertad individual, con el derecho de reunión y de asociación; restablecer la libertad de la prensa; abolir el artículo setenta y cinco de la constitución del año octavo, que protegía la arbitrariedad administrativa; derogar la ley de seguridad general; sustituir la responsabilidad ilusoria del jefe del Estado por la efectiva de los ministros; despojar al soberano de la prerrogativa de disponer á su antojo de la hacienda del Estado y de regular á su capricho las relaciones exteriores económicas y políticas; no emplear, en fin, las armas francesas en oprimir á los pueblos, como se hacía con Roma desde mil ochocientos cuarenta y nueve: he aquí lo que indefectiblemente

pedían todos los años los diputados demócratas. Ocioso es decir que sus peticiones jamás fueron atendidas en el palacio de Borbón, y que si los ministros sin cartera, Billault, Magne y Baroche, se tomaban la molestia de contestarles, no era para convencer á una asamblea, de antemano convencida, sino para poner de relieve, por la amplitud que se daba al debate, la libertad que el soberano les dejaba. Ni á Napoleón ni á sus consejeros inspiraba el menor cuidado esta oposición democrática; antes la miraban con simpatía, porque les permitía resucitar el *espectro rojo*. Por otra parte, las gestiones de Morny con Emilio Ollivier para desagregar el pequeño grupo de los Cinco, comenzaban á dar sus frutos. Poseído de ciega confianza en sí mismo y dominado por la ambición de desempeñar un gran papel, éste republicano, hijo de proscrito, iba poco á poco persuadiéndose de que no sería imposible reconciliar el cesarismo con la libertad, y desde mil ochocientos sesenta y uno, sin dejar de reivindicar las condiciones esenciales de un gobierno libre, se manifestaba dispuesto á reconocer el imperio, si Napoleón III se decidía á aceptar sus proyectos. Uno de sus colegas, Darimon, se mostraba inclinado á seguirle en la misma evolución. Por estas causas, más que en la izquierda, el gobierno veía el peligro en la derecha, mayormente por la agitación de los católicos, todos los cuales, así ultramontanos como liberales, denunciaban á Napoleón III ante la cristiandad como enemigo y traidor, y los obispos le ultrajaban en sus pastorales, comparándolo á Poncio Pilatos, sin que el ofendido se atreviese á emplear contra sus ofensores ni siquiera la casi ridícula arma de la *denuncia por abuso*.

Así las cosas, el cuatro de Febrero de mil ochocientos sesenta y uno, se abrieron las Cámaras. En el Senado, los clericales hicieron una ruidosa leva de escudos. No solamente los cardenales, también los oradores laicos, como La Rochejacquelein y Heeckeren, censuraron con energía la complacencia del Emperador con la revolución italiana. A sus ataques, respondió el príncipe Napoleón invocando sin miramientos el derecho revolucionario contra el derecho divino, y reclamando para el reino de Florencia á Roma por capital. Estas palabras provocaron una verdadera tempestad en aquel Senado, por tanto tiempo mudo. Por setenta y nueve votos contra sesenta y uno, no más, consiguió el orador del gobierno, Billault, que fuese rechazada una enmienda á favor del poder temporal del Papa. En el Cuerpo legislativo, la oposición clerical se desató al extremo de emplear todo género de violencias de lenguaje. Uno de los diputados, Keller, en retumbante arena, llegó á decir que «la condescendencia del Emperador con los patriotas italianos era la ejecución del testamento de Orsini». Los demócratas pidieron que se llamase á las tropas francesas de Roma. Con todos los esfuerzos que hicieron Billault y Morny, noventa y un votos, más del tercio de la Cámara, se pronunciaron por la causa pontificia. Estos rudos debates suscitaron por parte de los clericales nuevas demostraciones hostiles, que obligaron al gobierno á proceder contra las congregaciones religiosas. El diez y seis de

Octubre de mil ochocientos sesenta y uno, el ministro de lo Interior, Persigny, publicó una circular reivindicando el derecho del Estado á inspeccionar y disolver ciertas asociaciones, que constituían para la Iglesia verdaderos ejércitos, principalmente la de San Vicente de Paúl, que, fundada bajo la Monarquía de Julio con fines piadosos y caritativos, habíase trocado en arma formidable del partido clerical. Dueña de rico presupuesto, con mil quinientas Conferencias en Francia, organizada en sabia jerarquía, gobernada por su Consejo general de París, verdadera Junta de dirección política, y recibiendo sus órdenes de Roma, la «Sociedad de San Vicente de Paúl» comenzaba á recordar por sus aires provocativos la *Liga Santa* del siglo décimo-sexto. Trató el ministro de darle un presidente general, nombrado por el Emperador, y como se negase á aceptarlo, disolvió su Junta central. A los que en el Senado y en el Cuerpo legislativo acusaron á Persigny, que merecía, al decir de algunos oradores, ser llevado á la barra, el gobierno respondió refiriendo los progresos de las congregaciones, de sus riquezas, de sus medios de acción, y llegando hasta declarar, no sin protestar antes y después de su respeto á la Santa Sede, que no era justo privar á los romanos de los dos principios que informaban la vida pública en Francia: la soberanía nacional y el sufragio universal.

Por este tiempo, se lanzó Napoleón III á la empresa de Méjico, que tan funesta había de serle. En Diciembre de mil ochocientos sesenta, el presidente Juárez, haciendo prevalecer al cabo de tres años de lucha su constitución, empezó á emancipar á Méjico de la dominación de un clero rico, intolerante, dotado de privilegios incompatibles con los derechos de un gobierno civil bien organizado. Los adversarios de Juárez, secundados en las Tullerías por la Emperatriz y por agiotistas de alto coturno, solicitaban el apoyo de Napoleón III, ponderándole el servicio que prestaría á la Iglesia, la facilidad de fundar allende el Atlántico un imperio que sería á la fuerza aliado sumiso de Prancia, y le indicaban para príncipe de la nueva monarquía al archiduque Maximiliano, hermano de Francisco José, el cual candidato sería grato á la Santa Sede y contribuiría á mejorar notablemente las relaciones entre Francia y Austria. Una sola consideración tenía suspenso á Napoleón III: el temor de que los Estados Unidos, fieles á la doctrina de Monroë, no tolerasen que una potencia europea atacase á un Estado independiente, vecino suyo; pero cabalmente, la abolición de la esclavitud, aceptada por los Estados del Norte, produjo en Enero de mil ochocientos sesenta y uno la secesión de los Estados del Sur, disparándose en Abril los primeros cañonazos entre unos y otros. El momento pareció de perlas á Napoleón III para señorearse de Méjico. Mas no era el francés el único en codiciar la presa; también el gobierno español pensaba intervenir, con la secreta intención de reconstituir el imperio hispano-americano. Para impedir que se realizasen los secretos designios de España y de Francia, Inglaterra invitó al gobierno español á una empresa común, á la que se asoció Francia, firmándose de resultas el tratado de treinta y